

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

N° 26

*El sur en el norte: la emergente
sociedad civil migrante*

Jonathan Fox

PROGRAMA CULTURA, COMUNICACIÓN Y
TRANSFORMACIONES SOCIALES

www.globalcult.org.ve

CENTRO DE INVESTIGACIONES POSTDOCTORALES
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

www.globalcult.org.ve/monografias.htm

© Jonathan Fox, 2006.

Responsable de la edición: Daniel Mato (dmato@reacciun.ve)

Diseño de la carátula: Alejandro Maldonado (amaldonadof@gmail.com)

Corrección: Enrique Rey Torres y Alejandro Maldonado

Impresión: Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales

Reproducción: Copy Trébol, C.A.

ISBN de la colección: 980-12-1101-6

ISBN de esta monografía: 980-12-2098-8

Hecho el depósito legal: lf25220063003000

Primera edición (Caracas, junio de 2006)

Impreso en Venezuela – Printed in Venezuela

Se autoriza la reproducción total y parcial de esta monografía siempre y cuando se haga con fines no comerciales y se cite la fuente según las convenciones establecidas al respecto, previa notificación a la institución editora. Del mismo modo y en las mismas condiciones se autoriza también la descarga del respectivo archivo en nuestra página en Internet: <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm> . Con el propósito de facilitar la cita, en la primera página se han incluido los datos completos de la monografía. En caso de incluirse este texto en libros impresos (se entiende que con fines no comerciales) agradecemos se nos hagan llegar al menos dos (02) ejemplares de la publicación respectiva a: Daniel Mato (coordinador), Apartado Postal 88.551, Caracas – 1080, Venezuela. En caso de incluirse algunos archivos de nuestra página en Internet en otros espacios semejantes, agradecemos se nos informe al respecto a través de nuestra dirección electrónica: globcult@reacciun.ve.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en este trabajo incumbe exclusivamente al autor o autora firmante y su publicación no necesariamente refleja el punto de vista de la institución editora.

El sur en el norte: La emergente sociedad civil migrante (1)

Jonathan Fox*

Resumen:

Según los demógrafos, uno de cada ocho adultos mexicanos está en los Estados Unidos. En los términos de Hirschman, uno podría suponer que han optado por la “salida” en lugar de la “voz”. Sin embargo, muchos están ejerciendo su “voz” desde el otro lado de la frontera a través de lo que se puede llamar una “sociedad civil migrante” – un espacio de reencuentro colectivo en el proceso de migración que muestra la persistencia de la “lealtad”.

Este ámbito transfronterizo de la sociedad mexicana se constituye a través de cuatro vertientes principales: organizaciones sociales de base, organizaciones civiles dirigidos o influidos por migrantes, medios de comunicación dirigidos o influidos por migrantes, y espacios públicos autónomos. En términos de los objetivos de estos nuevos sujetos sociales, algunos miran principalmente hacia México, otros están más articulados a las luchas para cambiar los EE UU, mientras otros han superado esta dicotomía y luchan para cambiar las dos sociedades al mismo tiempo. Estas prácticas se pueden caracterizar en términos de “binacionalidad cívica”. Al menos hasta hace poco, los partidos políticos mexicanos no habían logrado echar raíces profundas dentro de esta sociedad civil migrante, pero ahora está por verse qué impacto tendrá sobre ésta el recientemente ganado derecho al voto migrante en el contexto de las elecciones presidenciales de 2006.

* Departamento de Estudios Latinoamericanos y Latinos. University of California, Santa Cruz.

Fox, Jonathan (2006) *El sur en el norte: La emergente sociedad civil migrante*. Colección Monografías, N° 26. Caracas: Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. 39 págs. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm>

El sur en el norte: La emergente sociedad civil migrante

Introducción:

Los diez millones de mexicanos que radican en los Estados Unidos representan aproximadamente “uno de cada ocho adultos nacidos en Mexico” (Suro, 2005: 14). La creciente presencia de la *población* mexicana dentro de los Estados Unidos es ampliamente reconocida. En contraste, la presencia de la *sociedad* mexicana dentro de los Estados Unidos no ha sido tan plenamente reconocida. Al menos entre amplios sectores de la inteligencia, tanto en Estados Unidos como en México, los migrantes siguen siendo percibidos como una suma de individuos aislados y redes familiares, pero no como *sujetos sociales*. Podríamos contrastar, por ejemplo, el discurso de los migrantes organizados, que habla de “un pueblo dividido por la frontera” – y un discurso nacional que todavía habla de los que han “abandonado” el país.

Esta disyuntiva entre marcos conceptuales subraya la necesidad de repensar los conceptos de norte y sur. Por un lado las diferencias socio-económicas y culturales entre el norte y el sur dentro de México siguen creciendo, aceleradas por la estrategia económica representada por el TLC. Por otro lado, en la práctica y en una buena parte del imaginario colectivo fuera del Distrito Federal, “el norte” ahora incluye todo Estados Unidos, ya no solo las regiones de asentamiento tradicional de los migrantes. Ahora que los migrantes mexicanos están organizándose, se puede hablar del “sur dentro del norte” (2). Pero para muchos dentro de las dos sociedades nacionales, al menos hasta muy recientemente, las formas de organización y representación de los migrantes siguen siendo invisibles – aún para muchos potenciales aliados.

Para seguir brevemente con esta reflexión sobre puntos de partida conceptuales, ¿cuáles son las implicaciones de los diferentes marcos discursivos que suelen ser aplicados para hablar de los migrantes? Por ejemplo, es muy común describirlos como “flujos,” y de pensar en términos de las grandes fuerzas económicas que empujan y atraen a estos flujos. Los críticos de los migrantes en los EE UU van mas allá y hablan de una llamada “marea morena” (Santa Ana, 2002). Y luego tenemos un término clásico: una “ola”

migratoria. No tan lejos está el concepto de “inundación.” No se requiere efectuar un análisis del discurso muy sofisticado para notar que éstos términos comparten algo, que todos refieren a *líquidos*, cuyos flujos son difíciles de parar, que a veces se concentran, a veces se dispersan, que siempre encuentren sus nichos por efectos capilarios, casi por fuerzas mayores, como la gravedad. Pero hay que decir que este discurso esconde mucho. Primero, que la migración no es solo un fenómeno estructural, sino también responde a políticas públicas determinadas. Segundo, que falta un reconocimiento del papel de la *agencia* de los migrantes – su capacidad de elegir, de actuar concientemente, y hasta a veces la capacidad de actuar en forma colectiva.

Salida, voz y lealtad

En este contexto, si reflexionamos sobre diferentes herramientas analíticas que podrían ser relevantes, se me ocurre la formulación clásica del economista heterodoxo Albert Hirschman (un refugiado, por cierto). El planteó por medio de una esquema en el que habían tres posibles opciones de expresión ante el deterioro de su entorno, entre “salida, voz y lealtad” (1970). Si ejercer la voz es el camino de la protesta o de la democracia, es una opción que se ejerce tomando en cuenta la opción adicional de salir, de votar con los pies. Claro, que si el ejercicio de la voz es demasiado costoso, o riesgoso, o si rinde demasiado poco, entonces la opción de la salida se vuelve más atractiva. El factor de la lealtad entra también, como una variable que podría fomentar el uso de la voz, o desincentivar la opción de la salida. Estas herramientas analíticas ofrecen algunas pistas que nos alejan de los marcos economicistas, los marcos que ven los trabajadores como una mercancía que simplemente “fluye” de las zonas de excedente a las zonas de la demanda.

En el trabajo de Hirschman, él hace una referencia muy interesante respecto a la migración. El citó un estudio de la migración internacional italiana en la primera década del siglo XX (MacDonald, 1963). Su autor se pregunta por qué los niveles de migración variaron tanto, aún entre regiones de grados similares de pobreza. Era una época de relativa libertad de asociación. Ese estudio encontró básicamente que en regiones como el Centro y Apulia, que tenían movimientos obreros fuertes y movilizados, había poca

migración –a diferencia del sur de Italia, donde había poca acción colectiva y hubo una salida masiva. Sería útil conocer un estudio de México que comparara –en los ámbitos regionales y subregionales- diferentes grados y formas de organización social con diferentes niveles de migración.

En todo caso, se me hace que la relación no sería tan clara como en el caso italiano, pero tal vez podríamos encontrar una relación entre voz y salida en el campo mexicano durante los 90 en un ámbito diferente. Me refiero ahora a las elecciones nacionales de 1994. Las políticas públicas asociadas con el alto crecimiento de las tasas de migración internacional en la última década datan del salinismo (Fox, 1996a). En este sentido, si las elecciones de 1994 hubieran sido plenamente democráticas, podrían haber servido –para los votantes rurales- como una especie de referéndum sobre ese paquete de políticas públicas.

Gracias al monitoreo popular de Alianza Cívica en las elecciones de 1994, sabemos que al menos en la mitad de las casillas rurales no se garantizó el voto secreto. Se atestiguó la coacción en 35% de las casillas rurales (Alianza Cívica, 1994). Estos datos provienen de casillas donde hubo observadores independientes, que constituyeron solo una minoría del total, de modo que el impacto de prácticas electorales anti-democráticas en el campo en casillas, digamos, mas típicas, probablemente fue mayor que lo que indican las cifras de Alianza Cívica (Fox, 1999). Pero aún así, hay suficiente evidencia para concluir que en 1994 al menos una buena parte del electorado rural no pudo escoger democráticamente entre distintas opciones electorales. En los términos de Hirschman, no tenían condiciones para expresar su voz libremente. Dado que la migración aumento tanto entre los principios y el fin de la década de las 90 –casi duplicó en términos del número anual de migrantes (Passell, 2004)- tal vez uno podría decir que, como en Italia hace un siglo, sí hubo una relación entre el espacio para la voz y la decisión de optar por la salida.

Claro que en la década de los noventa, algunos sí expresaron su voz desde el campo, sobre todo el movimiento indígena, que llegó a plantear la lucha por sus derechos en la agenda nacional. Pero durante esa misma década, los procesos migratorios se extendieron

hacia casi todas las regiones indígenas. Entonces encontramos que los procesos de voz y salida se están dando al mismo tiempo. Se oye mucho más la *voz indígena* que hace 15 años, pero vemos mucho más *salida indígena* también.

Siguiendo el esquema de Hirschman, si pensamos en esta idea de la *lealtad* como un factor que influye en la decisión de optar entre la acción colectiva en las comunidades de origen versus una salida netamente familiar o individual, a primera vista parece que es relevante reflexionar sobre un término de uso común: el “abandono.” Se suele decir que un migrante ha “abandonado” su comunidad, aunque los que estamos aprendiendo de los migrantes diríamos que muchos traen su comunidad consigo y la recrean allá. Pero claro, otros sí la abandonan, y otros no regresan. Y cuando una militante migra, la organización sufre una baja. Después de que una organización ha invertido en capacitar, por ejemplo, un técnico comunitario especializado en promover o certificar el café orgánico, su salida sí representa una pérdida (p ej., Mutersbaugh, 2004).

En términos más generales, si reflexionamos sobre la relación entre voz y salida, quizás *la salida debilita la voz*, pero también la salida refleja la debilidad *previa* de la voz. Muchos migrantes salen de regiones donde la sociedad civil rural *ya era débil* desde hace tiempo, así que no fue precisamente la migración la que *causó* esa debilidad (3). Además, aún en regiones donde había acción colectiva, ésta no ha logrado ofrecer opciones viables, sobre todo desde el punto de vista de los jóvenes. Pero si ampliamos el enfoque para tomar en cuenta el ámbito binacional, se abre una perspectiva diferente para entender dónde entra la lealtad como un factor que interviene entre salida y voz.

Tomar en cuenta lo binacional implica ampliar el marco geográfico y temporal para ver como algunos migrantes se organizan, a pesar de los enormes obstáculos que enfrenta cualquier iniciativa suya de acción colectiva. Primero, hay que reconocer que para muchos la migración en sí tiene una dimensión colectiva, en el sentido de que solo se hace posible gracias a redes extendidas de capital social, donde pesan mucho la lealtad y la confianza. También, cuando los migrantes mandan una fracción significativa de sus bajos salarios a sus familiares como remesas, también están expresando lealtad – claro,

no todos lo hacen, pero parece que una mayoría si. Pero aquí estamos hablando de voz, de acción colectiva, de incidencia en la esfera pública. Cuando los y las migrantes se juntan en sus clubes de oriundos para enviar remesas colectivas para proyectos comunitarios, están expresando ya no solamente lealtad, sino también muchas veces voz, en los debates sobre qué hacer con sus aportaciones – si el agua ó la plaza, el camino ó la iglesia... En este escenario, resulta que es la *salida* que permite la *voz*, y que la *voz* se expresa por la *lealtad*.

Este punto nos lleva al eje central de esta ponencia, una reflexión para ver qué pasa cuando juntamos estas tres palabras: *sociedad civil migrante*. Pero primero, como contexto, debería preguntar ¿dónde entran las famosas “comunidades transnacionales?” Este concepto se refiere a muchas iniciativas informales que no necesariamente tienen que ver con la esfera pública, así que yo diría que las comunidades transnacionales son *necesarias pero no suficientes* para hablar de una sociedad civil migrante. En otras palabras, tal como solo *algunos* migrantes participan en comunidades transnacionales, solo *algunas* comunidades transnacionales llegan a ser los pilares de una sociedad civil migrante.

Entonces, ¿qué quiero decir por sociedad civil migrante? No tiene por que ser un término abstracto, ni por que limitarse a las ONG. De hecho, me refiero sobre todo a organizaciones representativas de base. Específicamente, me refiero a cuatro ámbitos de acción colectiva: 1) **organizaciones de base** cuyos miembros y dirigentes son migrantes, 2) **medios de comunicación** de y para migrantes, 3) **Organizaciones civiles** conducidos o influidos por migrantes, y 4) **espacios públicos** autónomos de migrantes.

A ver, ¿en que consiste cada ámbito?

1) **Las organizaciones de membresía de base** van desde los clubes de oriundos y las asociaciones de migrantes a organizaciones obreras y comunitarias, hasta organizaciones religiosas. Los y las migrantes han formado a menos 600 clubes o asociaciones en torno a sus comunidades de origen, no solo para actividades sociales

sino también como compromiso con el mejoramiento de su comunidad. Cada asociación tiene su núcleo duro, en forma de mesa directiva, de tal vez 10 o 20 personas en promedio, algunos con una membresía amplia o capacidad de convocatoria de cientos de familias. Su distribución geográfica en los EE UU es muy sesgada. Hay grandes concentraciones en Chicago y Los Ángeles, y una presencia menor, por ejemplo en Texas, y en las regiones de asentamiento más recientes como Carolina del Norte, Nueva York o Florida. También su distribución por el lado mexicano es muy desigual, con los famosos clubes zacatecanos representando la cuarta parte de todos los clubes allá. Nos dice Miguel Moctezuma, en sus análisis de lo que llama “el migrante colectivo,” que los clubes zacatecanos datan desde 1962, cuando se fundó en Los Ángeles el Club Social Guadalupe Victoria, del municipio de Jalpa (2005).

Muchos de los participantes tienen muchos años radicando allá, y su liderazgo suele ser bien establecido – incluyendo a pequeños empresarios, profesionistas y algunos son hasta ciudadanos (y con un sesgo en términos de género). Hubo un *boom* en la formación de las asociaciones en los últimos 15 años, muchos de los cuales están aglutinados en federaciones estatales, y este *boom* se debe principalmente a una confluencia de factores. Por el lado de los EE UU, la regularización masiva de indocumentados después de la ley de amnistía de 1986 facilitó la movilidad social y el movimiento transfronterizo de millones de migrantes. Por el lado del gobierno de México, muchos consulados hicieron una labor muy eficaz para convocar a los paisanos, sobre todo con los programas de apoyo a remesas colectivas “3 por 1” y las matrículas consulares. Si bien muchos clubes se formaron desde abajo, muchas de las federaciones se formaron en la interlocución con las diversas instancias del estado mexicano (4).

Pero también deberíamos tomar en cuenta que los clubes son solo una de varias vertientes de la sociedad civil migrante, en la que también están las organizaciones obreras, religiosas e indígenas. Por ejemplo, ahí está el caso notable en California de *Líderes Campesinas*, una organización de base de defensa de los derechos de las mujeres jornaleras, principalmente migrantes. Ellas ocupan los espacios públicos de los

pequeños pueblos rurales, o más bien ellas crean espacios públicos nuevos. Ellas toman las calles para romper la frontera entre lo público y lo privado en su lucha, por ejemplo, contra la violencia intrafamiliar. Voy a regresar a este punto sobre la diversidad de las organizaciones de base, pero primero pasamos al segundo ámbito de la sociedad civil migrante.

2) **Los medios de comunicación de los migrantes.** Aquí vemos una gran variedad de periódicos, muchos locales, otros netamente binacionales, como *El Oaxaqueño*, con su tiraje de más de 30,000 ejemplares entre los dos países. También hay muchos programas de radio, videos independientes y incluso foros de discusión de migrantes en Internet, como <<http://www.juxtlahuaca.com>>. En términos de radio, es importante señalar la red Radio Bilingüe, la cual transmite en aproximadamente 50 emisoras en los EE UU, y sirve como casi el único medio de comunicación que llega a muchos migrantes rurales. Ellos también tienen relaciones con otras 20 emisoras mexicanas. Desde hace tiempo tienen el único programa de radio en mixteco en California, y desde marzo el programa *La Hora Mixteca* se transmite en los dos países (<<http://www.radiobilingue.com>>).

Mas allá de los medios de comunicación sin fines de lucro queda el mundo enorme de los medios de comunicación hispanohablantes comerciales, pero que también juegan papeles muy importante en el ámbito cívico, sobre todo en términos de informar y también, en ciertas coyunturas políticas, de movilizar, como el en caso del compromiso del diario californiano *La Opinión* –el más antiguo y de mayor circulación en español en los EE UU- con el empadronamiento y el derecho al voto para los latinos. También, sería difícil entender el imaginario colectivo de los migrantes latinos sin tomar en cuenta el papel de la televisión en español, cuyos noticieros suelen mostrar un compromiso cívico –como en el caso notable del reportero Jorge Ramos (Rodríguez, 1999).

3) **Organizaciones civiles migrantes.** Hay muchas ONG allá que trabajan *con y para* los migrantes, pero para ser considerado parte de la sociedad civil migrante, me refiero

aquí solamente a ONG *conducidas* por migrantes. Aquí insisto en distinguir entre organizaciones de membresía y ONG, aunque en algunos casos organizaciones de base han lanzado sus propias ONG. En el caso del FIOB, una organización cívica, social y política que hasta su última asamblea se llamaba Frente Indígena Oaxaqueño Binacional –ellos crearon sus propias ONG regionales, tanto en California como en Oaxaca, para colaborar con sus comunidades organizadas (<<http://www.fiob.org>>).

Esta categoría también podría incluir a los migrantes que, como *individuos*, han logrado posiciones de influencia dentro de ONG de los EE UU, incluyendo las fundaciones privadas y las agencias de desarrollo económico comunitario. Muchas de estas organizaciones latinas de servicio y desarrollo están aglutinadas en el Consejo Nacional por la Raza (<<http://www.nclr.org>>), lo cual combina incidencia cívica con trabajo de gremio para sus filiales. Claro que estos migrantes, frecuentemente profesionistas, están en posiciones estratégicas para canalizar apoyos hacia organizaciones de base. También algunas migrantes en las ONG, como individuos y organizaciones, se han juntado con organizaciones de base en campañas de incidencia frente al gobierno mexicano, como en el caso notable de la campaña cívica a favor del derecho al voto ciudadano en el extranjero.

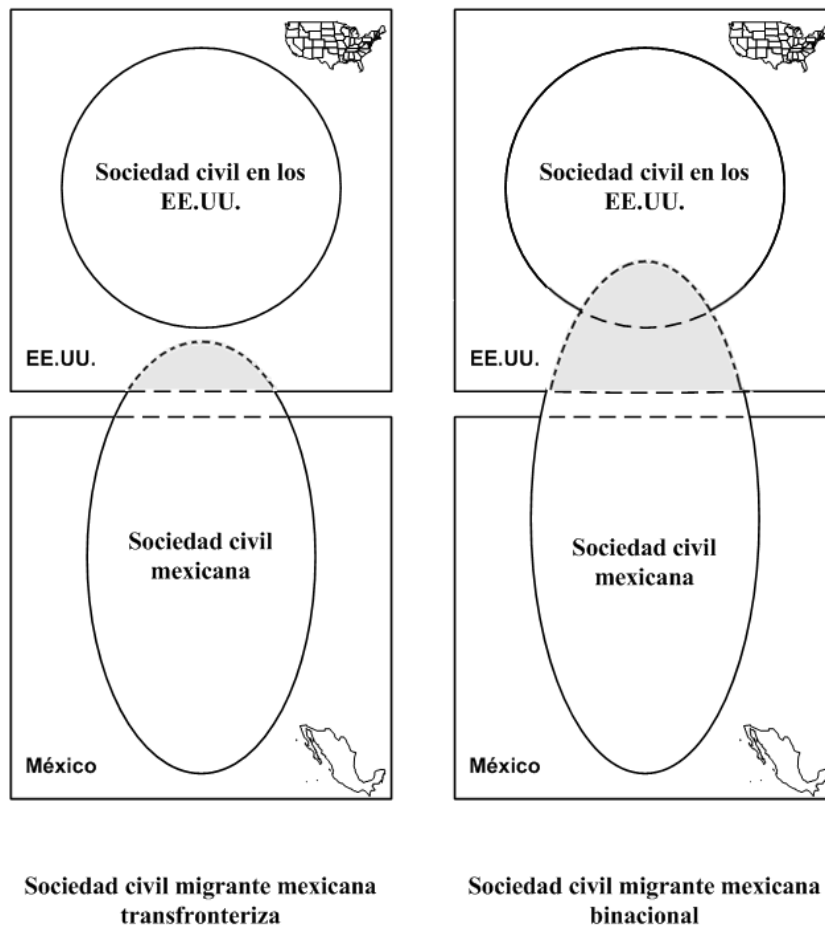
4) El cuarto ámbito de la sociedad civil migrante abarca a **sus propios espacios públicos autónomos**. Me refiero a grandes concentraciones donde migrantes pueden convivir, interactuar y expresarse con relativa libertad y autonomía. Es claro que la cultura, la música, los deportes y la religión son claves. Tomemos un ejemplo notable en California, donde las y los migrantes oaxaqueños llevan casi veinte años organizando sus propias *Guelaguetzas*, y estas actividades han cristalizado el espacio socio-cultural llamado "*Oaxacalifornia*". De hecho, la sociedad civil migrante específicamente oaxaqueña e indígena, ahora es lo suficientemente grande y densa para sostener *cuatro Guelaguetzas distintas* cada año, al lo largo de todo el estado –y claro, cada uno implica que cientos de voluntarios están trabajando para que cientos más, a veces incluso miles, puedan disfrutar la convivencia. Algunas se dan en auditorios de las escuelas preparatorias (“prepas”), otras en parques públicos, y otras

en universidades públicas. La más grande se lleva a cabo en el enorme estadio donde hasta hace poco jugaron los Lakers de Los Ángeles. En cada caso, las formas de organización de cada *Guelaguetza* muestran una radiografía de las redes de alianza y de los estilos de organización de cada vertiente de la sociedad civil oaxaqueño migrante – algunos conviven más con organizaciones latinas, otros más con políticos locales de allá, algunos se acercan más con el gobierno del estado de Oaxaca que otros. Con tantas actividades, los grupos intergeneracionales de baile tienen mucha demanda y prestigio, y constituyen otra red de organizaciones de membresía migrante.

¿Transfronterizo o binacional?

Ahora bien, ¿Cómo deberíamos conceptualizar las relaciones entre estos cuatro ámbitos de la sociedad civil migrante y la sociedad civil de los EE UU? ¿Representa la sociedad civil migrante *la extensión norteamericana de la sociedad civil mexicana*? ¿Ó más bien representa *la extensión mexicana de la sociedad civil de los EE UU*? Yo diría que ambos conceptos son relevantes, pero para diferentes vertientes de la sociedad civil migrante.

La sociedad civil mexicana en los EE.UU.: transfronteriza y binacional



Entre las asociaciones de migrantes, los clubes de oriundos serían el ejemplo más claro de una extensión de la sociedad civil mexicana que se radica en, pero no es “de” los EE UU. Este ámbito es netamente mexicano no solo en términos de su membresía y de sus objetivos, sino también en términos de sus estilos y culturas de organización, sus referencias simbólicas y sus interlocutores principales. En cambio, ejemplos de las extensiones mexicanas de la sociedad civil estadounidense incluyen los sindicatos locales que ahora son mayoría migrante, frecuentemente de mayoría mexicana, aunque también muchas veces en combinación con centroamericanos.

Desde esta perspectiva, para los migrantes *colectivos*, el proceso de salir a la luz pública

constituye un paso importante en el proceso de forjar una sociedad civil. Para ilustrar los posibles caminos hacia lo público, les voy a describir dos campañas migrantes interesantes y a la vez, muy diferentes. En 2003, migrantes organizados se juntaron con una coalición de sindicatos en una caravana de camiones que salió de California y terminó en Nueva York, bajo el lema de la “Caravana para la Libertad de los Trabajadores Inmigrantes.” Recuerden que allá, los sindicatos, con todos sus limitantes, siguen representando la corriente más multi-racial de la sociedad civil de los EE UU. La caravana reflejó no solo el viraje del movimiento sindical hacia una posición pro-migrante, sino también el peso creciente de los dirigentes latinos dentro del liderazgo sindical (5).

La frase “Caravana para la Libertad” viene de la frase en inglés, *Freedom Rides*, la cual es una referencia histórica a los contingentes de apoyo que, a principios de los años 60, fueron del norte al sur durante el movimiento para los derechos civiles para los afrodescendientes. Con esta Caravana, migrantes de diversas nacionalidades adoptaron este marco discursivo histórico, el cual tiene tanta resonancia en el imaginario nacional. Los migrantes oaxaqueños organizados estuvieron representados en la gira. En varias regiones de asentamiento reciente, la Caravana permitió que migrantes aparecieran por primera vez en público como actores. Sin embargo, viejas costumbres no mueren tan fácil, y algunos participantes mexicanos se frustraron con lo que calificaron como la “manía de control” de los sindicalistas. Les reclamaron su estilo impositivo, su falta de dominio del español, y su veto al despliegue de la bandera mexicana, en favor de la bandera de allá. Este desfase intercultural provocó incluso una breve “rebelión” en uno de los camiones, contra los cuadros sindicales (Fox, 2004). Este incidente pasó casi desapercibido, pero era emblemático del largo camino que todavía falta para tender puentes interculturales aún dentro de los sectores progresistas (6).

En contraste con la Caravana para la Libertad, organizaciones de migrantes también construyen y despliegan sus propias identidades nacionales como base principal para movilizarse públicamente en reivindicación de sus derechos como migrantes. Ya mencioné que las organizaciones de base no se limitan a los clubes. También incluyen a

grupos que comparten su religión, cuyo ejemplo más notable es la Asociación Tepeyac en Nueva York (Rivera Sánchez, 2004; <<http://www.tepeyac.org>>). Poco después de la Caravana para la Libertad, Tepeyac lanzó su propia acción colectiva viajera en defensa de los derechos migrantes, la segunda Antorcha Guadalupana. Esta carrera recorrería diversas regiones mexicanas y llegó a la Catedral de San Patricio en Nueva York (NY), precisamente, el 12 de diciembre. Los participantes se llamaban "*Mensajeros por la Dignidad de un Pueblo Dividido por la Frontera*". Esta estrategia simbólica encontró mucha resonancia, aunque los mexicanos en NY también se organizan en clubes de oriundos y en organizaciones obreras.

Lo que hace a Tepeyac muy distinta es su énfasis en forjar una identidad colectiva entre los indocumentados, en el contexto de campañas para regularizar su estatus migratorio. Fundado por jesuitas, el principal socio institucional de Tepeyac es la iglesia católica de NY, cuyas autoridades tomaron la iniciativa de invitar a sus contrapartes en México a convocar el proceso que formó la organización. Tepeyac organiza su base social en torno a Comités Guadalupanos, en 40 colonias distintas – a diferencia de los clubes de oriundos, cuyo referente geográfico común está en México, y no tanto en las localidades específicas donde los migrantes residen ahora.

Tanto la Caravana para la Libertad como la Antorcha Guadalupana llevaron migrantes organizados hacia espacios públicos, ambos cruzaron vastos territorios en el camino, ambos se organizaron desde abajo pero con aliados institucionales estadounidenses muy establecidos: los sindicatos y la iglesia. Sin embargo, las dos campañas siguieron estrategias muy distintas para ampliar sus bases, así como sus alianzas y su presencia ante los medios. La caravana sindical enmarcó a los migrantes como los actores más recientes en la larga historia *nacional* de lucha contra la exclusión social en los EE UU, construyendo una identidad multi-racial y multi-nacional como trabajadores *inmigrantes*. En cambio, la campaña que lanzó Tepeyac tiene como referencia su identidad colectiva como mexicanos, luchando por la dignidad y la regularización de sus estatus migratorio. Cada estrategia tenía sus respectivas fortalezas y limitantes.

Cuando reflexionamos sobre la sociedad civil migrante, resulta que ésta tiene dos componentes principales. El primero, y más claro, está constituido por las organizaciones de base de los mismos migrantes. El segundo es menos claramente delimitado porque sus “fronteras” no son tan precisas, pero consiste en organizaciones de la sociedad civil de los EE UU que efectivamente han sido transformadas por la participación y el liderazgo de los migrantes. Se nota este proceso en muchas parroquias católicas y congregaciones protestantes – y falta más investigación para documentar su alcance. También hay varias campañas para promover la participación de padres de familias en asociaciones escolares. La ciudad de Chicago tiene consejos locales de participación social que inciden mucho en la gestión de las escuelas, consejos que tienen cargos de elección popular donde para votar no es necesario ser ciudadano. Según el consulado mexicano en Chicago ya hay 170 consejos escolares que son predominantemente mexicanos. (Lazos, 2005).

Además de los locales sindicales mencionados que ahora son de mayoría mexicana, también hay otro mundo de organizaciones obreras no sindicales, muchas llamadas “centros obreros” (Fine, 2005, en prensa). Estas organizaciones de base están intentando llenar la brecha entre los sindicatos tradicionales y los trabajadores migrantes. Trabajan en la comunidad y no sólo en el lugar de trabajo. Muchos organizan y representan los obreros temporales urbanos, y han formado su propia Red Nacional de Jornaleros y Jornaleras (<<http://www.ndlon.org>>). El estudio de Fine encontró 137 organizaciones obreras no sindicales en el país, de los cuales 122 trabajan de cerca con migrantes. De los 40 que ella estudió a profundidad, 17 tienen bases mexicanas grandes, y 13 son predominantemente mexicanos (comunicación personal). Muchos combinan mexicanos con centroamericanos, sobre todo porque los centroamericanos llegaron en los 80s con mucha experiencia de activismo. Los salvadoreños sobre todo lograron forjar tanto sus propias organizaciones progresistas, tanto de base como ONG, además de amplias alianzas con la sociedad civil norteamericana que datan desde la lucha contra las guerras de Reagan (Coutin, 2000). Su identidad como diáspora se refleja en el concepto del “15 Departamento”.

Entonces, preguntamos ¿representan estos sindicatos experiencias de *integración de los*

migrantes hacia organizaciones estadounidenses, o mas bien son ejemplos de *la sociedad civil migrante*? En general yo diría que ellos reflejan los dos procesos al mismo tiempo, aunque claro, el carácter específico de cada organización varia según sus bases y dirección. Sería común entonces encontrar organizaciones de apoyo a obreros migrantes que fueron fundadas por norteamericanos hace 10 o 20 años, pero cuyo liderazgo ahora es migrante (p. ej, The Workplace Project en Nueva York, documentado en Gordon, 2005).

Ahora, si nuestro primer acercamiento al tema de la sociedad civil migrante nos llevó a pensar en términos de que si ciertas *organizaciones* son principalmente “instituciones estadounidenses” transformadas por la participación, ó si son más bien extensiones transfronterizas de la sociedad civil de la nación de origen, con un segundo acercamiento podríamos pensar más en términos de la participación de los migrantes como *individuos*. En este sentido las mismas personas suelen participar en ambos ámbitos de la sociedad civil migrante, pero por separado.

Aquí un ejemplo, en el caso de un sindicato comunitario notable, la principal organización de trabajadores del campo en el estado de Oregon: los Pineros y Campesinos Unidos del Noroeste, PCUN (<<http://www.pcun.org>>). Ellos pertenecen a una generación muy interesante de organizaciones de clase, de trabajadores agrícolas, netamente rurales, cada uno con varios miles de miembros, que han seguido el camino trazado originalmente por el sindicato mejor conocido, el UFW de California, pero en otros estados (<<http://www.ufw.org>>).

Esta nueva generación de organizaciones obreras del campo ha crecido, y hasta han ganado algunos triunfos, como en el caso del FLOC y los obreros del pepino en Carolina del Norte y Ohio (<<http://www.floc.com>>). Ellos lograron el primer contrato laboral con trabajadores-huésped, y abrieron una oficina en México. Otro caso muy notable es la organización multi-étnica de Florida, la Coalición de Obreros de Immokolee. Ellos lograron colocarse en el panorama nacional con campañas que combinaron acción directa con estrategias judiciales que lograron encarcelar a contratistas usando las leyes que

prohíben el trabajo forzoso y la esclavitud. Ellos recientemente ganaron, con mucho apoyo estudiantil, una campaña nacional contra Taco Bell, empresa que compra los jitomates que los trabajadores pizcan. Ellos también tuvieron su Caravana por la Verdad contra Taco Bell, cuando 80 obreros recorrieron 15 ciudades en camión. Ahora están viendo como lanzarse contra MacDonaldis. Estos jornaleros organizados son 50% mexicanos, 30% guatemaltecos (incluyendo a muchos mayas), 10% haitianos, y el otro 10% es variado e incluye a afrodescendientes de los EE UU (<<http://www.ciw-online.org>>). A pesar de ser de los más oprimidos de los oprimidos, los obreros y las obreras de Immokolee tienen su propia emisora, venden café de comercio justo por Internet, reciben premios pro derechos humanos y tienen mucha presencia en los medios nacionales.

Pero para volver al PCUN en Oregon, esta organización combina mexicano-americanos, un par de anglos, migrantes mexicanos mestizos –muchos de Michoacán- con mixtecos de Oaxaca. Sus principales luchas son para defenderse como migrantes y como obreros, luchas netamente de allá. PCUN es claramente una organización de la sociedad civil de EE UU, aunque transformada por la participación migrante. Sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que algunos de sus miembros mixtecos también participan en sus clubes de oriundos (Stephen, 2004). Proviene de pueblos que pueden tener hasta una docena de “comunidades filiales” a lo largo de los EE UU, cada una con su asociación, así que los participantes expresan una *doble militancia*, en la extensión de la sociedad mexicana por medio de las asociaciones de los paisanos, y como un ámbito mexicano dentro la sociedad civil estadounidense.

Esta doble militancia es un buen ejemplo de lo que podríamos llamar la “*binacionalidad cívica*”, el proceso por el cual al menos algunos migrantes están luchando por ser miembros plenos de las dos sociedades nacionales. Sus iniciativas están cuestionando el supuesto, bastante persistente, de que hay una relación de conflicto directo e inherente entre los enfoques “hacia allá” y “hacia aquí.” Algunos científicos sociales caracterizan este dilema en términos de “hacia adelante” y “hacia atrás” (p. ej., De la Garza y Hazan, 2003).

Como contexto, es importante tomar en cuenta que el sustento intelectual de los críticos de los migrantes, los que se consideran amenazados por la presencia creciente del mundo hispanohablante dentro de los EE UU, depende del supuesto de que una binacionalidad “plena” es imposible. No es por casualidad que uno de los principales voceros intelectuales de esta postura es Samuel Huntington, el mismo politólogo de Harvard que apoyó la llamada “urbanización forzada” en Vietnam en los 60 –calificado entonces por Chomsky como criminal de guerra- y que luego se preocupó por una supuesta sobredosis de la democracia en los 70. Su nuevo libro sobre y contra los migrantes latinos se titula “*¿Quiénes somos? Los retos ante la identidad nacional* (2004). Para él, como un anglosajón extremo, un solo Miami (como ciudad hispanodominante) ya es más que suficiente, y su pesadilla es que habrá muchos Miamis en el futuro. El está muy consciente del Sur en el Norte, y lo considera una amenaza a la seguridad nacional –un posible Québec.

La mayoría de las formas de esta binacionalidad cívica se expresan por medio de *las personas* que deciden emprender la doble militancia, porque son todavía pocas las organizaciones que inciden tanto allá como aquí, que tienen una agenda netamente binacional. Claro que, en los casos de las organizaciones multi-nacionales de obreros y de defensa de los derechos civiles, un enfoque hacia las agendas de los países de origen difícilmente encontrará eco más allá de uno u otro grupo dentro de la organización. Además, hay que reconocer que muy pocas de las asociaciones de migrantes colaboran con *contrapartes* sociales o civiles en sus comunidades o estados de origen. Sus interlocutores suelen limitarse a autoridades municipales, estatales y federales, o a redes de parentesco. Esta falta de contrapartes civiles o sociales es un limitante, y está asociada a veces con un desequilibrio importante de poder entre los paisanos allá y aquí.

Sin embargo, algunas *organizaciones* migrantes sí están optando por el camino que podríamos llamar “*plenamente binacional*”: en defensa de los intereses de sus miembros tanto aquí como allá. El Frente Indígena de Organizaciones Binacionales (FIOB) no es una federación de clubes de oriundos, aunque sus miembros comparten una identidad

como *paisanos*. Su identidad como oaxaqueño migrante surge como respuesta ante el racismo profundo que tienen que enfrentar en el norte de México y en California. En el contexto social de insultos comunes como "oaxaquito" u "oaxaco". La palabra "oaxaqueño" no es sólo una referencia a su estado de origen, sino también significa respeto y la igualdad racial. En el proceso, esta identidad se construye en la migración como un concepto de orgullo multi-étnico y pan-étnico (p. ej., Nagengast y Kearney, 1990; Escárcega y Varese, 2004; Fox y Rivera-Salgado, 2004). Hay que decir también que a la hora de trabajar con los demás migrantes mexicanos organizados, la historia de 500 años sigue estando presente. Además, fue muy relevante la decisión reciente del FIOB de cambiar su nombre, de lo que era el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional, conservando sus siglas, al Frente Indígena de Organizaciones Binacionales. El cambio reflejó las nuevas realidades de la organización en Baja California y en California, donde participan cada vez más indígenas migrantes de otros estados, incluyendo mixtecos de Guerrero y purépechas de Michoacán (Cano, 2005). Entre la nueva directiva binacional, se hablan *cinco* idiomas mexicanos.

Considero al FIOB como una organización plenamente binacional por dos motivos: por un lado es casi la única organización de migrantes que incluye amplias bases organizadas *en los dos países*. Por otro lado, sus reivindicaciones y sus campañas son binacionales también, combinando trabajo de base, para defender a las familias y las comunidades en la Mixteca, Baja California y California con trabajo de incidencia a favor de los derechos de los indígenas y de los migrantes frente a los gobiernos estatales y nacionales en los dos países. Una pregunta conceptual, entonces ¿representa el FIOB una corriente indígena de una sociedad civil migrante allá, que si no fuera por ella, quedarían sin representación propia? ¿O representa el FIOB una corriente migrante dentro del movimiento indígena nacional, que si no fuera por ella, quedarían sin representación propia? Se me hace que la respuesta a las dos preguntas es la misma, claro que sí (Fox, 2004).

También, diversas organizaciones de membresía migrante, la mayoría agrupadas principalmente en torno a sus países o regiones de origen, se han juntado para conformar una nueva coalición de alcance nacional. Recientemente nació de un proceso de

convergencia nacional desde Chicago, con Enlaces América y la Red Nacional Salvadoreña-Americana, entre otras organizaciones. Se llama la Alianza Nacional de Comunidades Latino-Americanas y Caribeñas (NALACC, por sus siglas en inglés), que en poco tiempo ha aglutinado más de 80 organizaciones civiles y sociales de migrantes (<<http://www.nalacc.org>>). Por un lado, ellos están lanzando su propia campaña de incidencia a favor de la regularización bajo el lema “Familias Unidas.” Por otro lado, ellos son un eje de una lucha más amplia para que los mismos migrantes organizados tengan su voz dentro de la sociedad civil norteamericana, en un contexto en que aún los demás que defienden a los migrantes los ven, implícitamente, más o como víctimas, o como clientes (en el sentido de servicios sociales, o de los abogados). Estas agencias de defensa de los migrantes no suelen concebirlos como socios o contrapartes, como actores sociales y civiles que tienen derecho a tener un lugar en la mesa de decisiones sobre las campañas de incidencia, por ejemplo.

Después de haber dibujado este panorama de diferentes vertientes de la sociedad civil migrante, quisiera terminar señalando algunos de los múltiples retos analíticos que nos enfrentan al respecto. Voy a señalar *seis dilemas persistentes*, sin suponer que tengo respuestas claras ni mucho menos.

1) Primer dilema: ¿Qué tan desigual es el terreno de la sociedad civil migrante? Los mexicanos en los EE UU están mucho más organizados en algunas regiones que otros, sobre todo en Los Ángeles y Chicago. También, los migrantes de algunas regiones de origen están más organizados que otros. Es cierto que la historia migratoria y la masa crítica poblacional son dos factores claves, pero no son suficientes para explicar las formas y los caminos de las organizaciones. Aunque los zacatecanos, jaliscienses, guanajuatenses, y michoacanos todos tienen mucho tiempo yendo allá, ¿por qué algunos se organizan mucho más que otros, al menos en torno a su estado de origen? Entre los organizados, ¿por qué algunos clubes y federaciones deciden incidir en lo cívico, lo social y hasta lo político, mientras otros se quedan en la “filantropía desde abajo”? También, ¿por qué hay tantas diferencias entre y dentro de diferentes grupos de migrantes indígenas? Por ejemplo, los purépechas tienen una trayectoria histórica de migración

transfronteriza tan larga como los mixtecos y los zapotecos, pero los purépechas no aparecen en la sociedad civil migrante allá, al menos no como indígenas. No es por falta de politicización étnica en sus comunidades de origen. También, entre los mismos mixtecos, ¿por qué los de Oaxaca en California reivindican públicamente su identidad étnica y sus derechos como indígenas, cuando los mixtecos de Puebla en Nueva York no se presentan como indígenas?

2) Segundo dilema: ¿Cómo entendemos mejor las relaciones entre las diversas identidades colectivas dentro de la sociedad civil migrante? Por un lado vemos un proceso de conformación de una identidad compartida como trabajadores migrantes latinoamericanos. Sus organizaciones representan una *nueva clase obrera migrante* que es a su vez multi-nacional y multi-étnica. Ellos comparten no solo bajos salarios como obreros, sino también, el reto de ser migrante –los problemas con papeles, idiomas, vivienda, y acceso a servicios básicos. O sea, comparten no solo sus lugares en el mercado laboral, sino también una posición *frente al Estado* –en sus expresiones municipal, estatal y federal. Por eso digo que existen bases para nuevas identidades colectivas como migrantes, más allá de los orígenes nacionales y locales compartidos – sobre todo entre migrantes latinoamericanos.

En cambio, si vemos a las otras formas asociativas, los clubes de oriundos, claro que ellos privilegian sus orígenes compartidos, pero además, deberíamos reconocer que no siempre comparten una identidad de clase. De hecho, muchos de los dirigentes son empresarios o profesionistas y no necesariamente ven a los sindicatos con simpatía. Además, en el estudio reciente de sindicatos comunitarios, encontraron en su membresía poco traslape con los clubes. Tal vez las asociaciones religiosas están en una categoría intermedia, no son tan multinacionales como las organizaciones de migrantes obreras, pero no están tan translocal como los clubes de oriundos.

3) **Tercer dilema: ¿Cuáles son los impactos sociales, cívicos o políticos de las organizaciones de migrantes en las comunidades de origen?** No me refiero aquí a la discusión amplia sobre los impactos de la migración, sus costos sociales y sus impactos económicos. Recientemente las remesas económicas han dominado la discusión, con debates abiertos sobre si las remesas ayudan o no a abatir la pobreza y si las inversiones productivas de las remesas colectivas son una esperanza o si son más bien un espejismo. A propósito, para una visión heterodoxa de las remesas, les recomiendo un nuevo documento colectivo que surgió de la *Red Migración y Desarrollo*, que se llama la Declaración de Cuernavaca (<<http://www.migracionydesarrollo.org>>). Aquí me refiero específicamente a los impactos de las asociaciones de migrantes en las comunidades de origen y tal vez se puede usar el concepto de remesas cívicas y sociales. ¿Son estas organizaciones factores democráticos o democratizantes? Muchos suponen que sí, y podría ser, pero aún no sabemos. Es cierto que ya es común que migrantes retornados juegan papeles importantes en la vida público local como individuos. Según datos obtenidos por la socióloga Xóchitl Bada, 37% de los 113 presidentes municipales que estaban en funciones en el trienio 2002-2004 en Michoacán habían sido migrantes, según se reveló en una encuesta patrocinada por la Coordinación General de Atención al Migrante Michoacano (2004). Este proceso es muy común aquí en Oaxaca también, y les recomiendo el testimonio del dirigente cívico zapoteco Sergio Robles sobre el migrante retornado (2004).

Pero el hecho de que algunos migrantes regresan para ser autoridades no contesta la pregunta sobre los impactos en las comunidades de origen de las organizaciones de migrantes. Por ejemplo, ¿qué tanto reproducen las organizaciones migrantes la cultura política que dominaba el siglo XX en México? Los optimistas suelen decir que la sociedad civil es cuna o portador de una serie de valores y practicas democráticas, y a veces es cierto, pero recordando a Gramsci, la sociedad civil también abarca lo tradicional, lo hegemónico. Desde esta óptica, la sociedad civil migrante está atravesada por las jerarquías y desequilibrios entre clases, géneros, etnias y razas, como cualquier otra sociedad civil.

Además, deberíamos tomar en cuenta que no es por casualidad que muchas de las federaciones de los clubes se formaron como respuesta a las convocatorias del gobierno mexicano, como respuestas a los incentivos de los programas 3 por 1 y sus antecesores. Algunos dirían que si bien muchos clubes formaron desde abajo hacia arriba, muchas federaciones estatales se formaron desde arriba hacia abajo. Si interpretamos esta relación a través de la óptica de las relaciones entre Estado y sociedad en México, su estrategia de incorporación de los migrantes desde el Estado mexicano por un lado representa una respuesta a reclamos reales desde abajo, y por otro lado sirve de canal institucional para regular y encauzar su interlocución con las organizaciones sociales. Basta recordar a los Comités de Solidaridad, con tantos que se formaron al vapor, pero al mismo tiempo formaron organizaciones reales que decidieron adaptarse y poner un pie en la puerta. Pero ahora hay una diferencia notable: en el mundo migrante los funcionarios de gobierno no tienen las mismas palancas para controlar o para inducir. Los migrantes son menos vulnerables al clientelismo. Además, están incidiendo en proyectos que tal vez beneficiaran a familiares o a paisanos, pero no tanto a ellos directamente, al menos no en el corto plazo. Las remesas colectivas son una especie de impuesto auto-impuesto. E históricamente, los que pagan impuestos están más dispuestos a reclamar su representación.

Para regresar a la metáfora de salida, voz y lealtad, las remesas colectivas son posibles gracias a la salida, pero existen gracias a la lealtad y tienden a conllevar voz. ¿Por qué? Porque si algunos migrantes van a esforzarse mucho para enviar remesas colectivas, van a vigilar el destino de aquellos fondos y para garantizar su buen uso. Hay ejemplos clásicos, como el obrero michoacano con papeles, representante de su asociación, que sube al avión en Chicago después de su jornada del trabajo el viernes, llega a su pueblo en la madrugada del sábado para tocar la puerta del presidente municipal. Lo despierta para comenzar un día de recorridos de los proyectos con su videocámara. El domingo vuela de regreso para poder presentarse en su trabajo el lunes temprano. Presenta el video en la próxima reunión del club el siguiente fin de semana. De esta dinámica viene la hipótesis, confirmada por varios estudios iniciales, que los clubes son factores pro-rendición de cuentas ante las autoridades locales.

Pero aunque fuera cierto, ese factor *pro-rendición de cuentas* no necesariamente demuestra que los clubes son factores *pro-democráticos*. Rendición de cuentas se refiere a una relación de poder, de contrapesos, no necesariamente de participación democrática. Por un lado, por eso es difícil constatar que las organizaciones de base de migrantes son mucho más democráticas internamente que las que están aquí en México, habría que investigarlo más. Además, el proceso de toma de decisiones respecto a las inversiones de remesas colectivas abre la pregunta de ¿quien representa a los no migrantes? ¿quién decide por ellos? Por ejemplo, ¿van a invertir en obras de interés de los migrantes, que disfrutan ellos mismos en sus visitas anuales, o van a priorizar a obras que impactan más en la vida cotidiana de los no migrantes? No es por casualidad que las relaciones entre los presidentes municipales y las asociaciones de migrantes a veces están atravesadas por tensiones.

4) **Cuarto dilema: ¿qué tan difícil es articular los retos de la migración y el desarrollo?** A lo mejor estoy equivocado, y espero que luego me corrijan, pero mi impresión es que desde el lado de la migración, los que están trabajando las famosas remesas productivas apenas están viendo las inversiones desde la óptica de la factibilidad económica, sin hablar de la cohesión de los actores sociales en las comunidades de origen. En cambio, y al lo mejor me equivoco aquí también, pero mi impresión es que desde el lado del desarrollo, los que están luchando para defender la sostenibilidad de la producción familiar y su empresas sociales asociadas, apenas están *tomando en cuenta* cómo la migración los impacta. Claro que ven la migración todos los días, pero no quiere decir que han adaptado sus estrategias. Podríamos tener una visión autogestiva muy sofisticada, rescatando lo mejor de Chaianov (1974) sobre la lógica de las unidades productivas familiares, pero si la migración sigue siendo considerada como un factor externo al modelo implícito de los procesos de toma de decisión familiar, este modelo ha quedado rebasado.

Una opción sería pensar más estratégicamente en términos de opciones reales que los jóvenes enfrentan. Hay una iniciativa sumamente creativa en la Sierra Juárez, la Alianza

Juvenil Serrana, que se formó dentro de las filas del sector Zoogocho, una coalición regional de autoridades municipales. La Alianza Juvenil está promoviendo el diálogo entre los y las jóvenes y entre ellos y ellas y las autoridades, para imaginar futuros diferentes en un contexto de expectativas muy diferentes. Están enfrentando el reto de imaginar opciones viables no solo ante la migración, sino también un diálogo incluyente que podría animar el retorno de al menos algunos de los jóvenes que se van a ir de todos modos, pero mas bien en el mediano plazo, en lugar de nunca, o en lugar del largo plazo (Berg, 2005). Queda la pregunta, ¿qué tan abiertos son los que quedan con la idea de la membresía comunitaria por larga distancia? En Oaxaca hay de todo, desde autoridades muy flexibles hasta otras muy estrictas en este sentido, los que dictan sentencias de la llamada “muerte cívica” a los ciudadanos que no regresan cuando los convocan.

Hablar de la apertura hacia el regreso en el mediano plazo tiene que ver con el desarrollo comunitario porque podría implicar un regreso con destrezas, capital y ganas para aportar a su comunidad de origen. No sé cuántas otras organizaciones sociales y cívicas en el campo están convocando diálogos públicos para tratar a los jóvenes no solo como actores, sino hasta como potenciales actores colectivos, ante las presiones estructurales expulsoras tan fuertes.... pero son pocas.

Para terminar este punto, quisiera señalar un concepto relacionado que surgió de una serie de conversaciones triangulares entre tres clases de derechos, el derecho al desarrollo, los derechos humanos y los derechos de los migrantes. Tal vez algunos ya conocen la frase de Armando Bartra, “**el derecho de no migrar**” (2003). Este derecho actualiza el artículo Constitucional 123 y su garantía del derecho al “trabajo digno y socialmente útil”.

La idea del derecho de no migrar se me hace sumamente útil no solo como posible consigna, sino también como un concepto “puente” que sirve para promover la reflexión y diálogo entre actores diversos y a veces dispersos que ven diferentes caras del mismo proceso –el proceso de desmantelamiento de las bases de la producción familiar en el campo mexicano. En este contexto, el derecho de no migrar reconoce que, aunque la migración es una opción, es una opción tomada dentro de un contexto impuesto por las

políticas públicas. Inclusive, la frase “política migratoria” es hasta cierto punto engañosa, porque suele ser limitada a políticas que *atienden* a los migrantes, cuando debería abarcar también a todas las políticas públicas que *fomentan* la migración, lo cual merece su propia ponencia.

5) Quinto dilema: ¿Si existe una sociedad civil migrante, dónde está su sociedad política? Recientemente, México se sumó a los 60 países que permiten a sus connacionales votar desde el exterior (Badilla Moreno, 2004). En principio, el derecho al voto migrante data desde una reforma constitucional en 1996, pero pasaron nueve años de debate y lucha para comenzar a poner ese derecho en la práctica (Martínez Saldaña y Ross Pineda, 2002; Rodríguez Ocegüera, 2005; Ross Pineda, 2001).

Los Estados Unidos ha sido un terreno para la política mexicana desde los tiempos de Benito Juárez, cuando se reunió con otros Liberales exiliados en Nueva Orleans para luchar contra un dictador. Además de exiliado, era obrero migrante también, laborando en una fábrica de tabaco (Martínez Saldaña, 2004). Después, desde California, otros obreros migrantes se organizaron para apoyar la lucha de Juárez contra la invasión europea (Pitti, 2003). Hasta el diario *Los Angeles Times* recordó la campaña presidencial de 1928 de José Vasconcelos en el exterior, en un editorial reciente que planteó la paradoja en la coyuntura actual (21/09/2005). Su autor (sin firma) es un migrante mexicano que llegó a ser director editorial de uno de los diarios más influyentes del país. La paradoja que menciona se presenta debido a los candados que las autoridades electorales mexicanas han requerido para defender la seguridad del proceso de voto en un contexto donde no pueden ejercer una autoridad extraterritorial. Para limitar los posibles abusos, ahora los partidos políticos tienen prohibido hacer campaña fuera de México. La paradoja consiste en lo siguiente: los mexicanos podían hacer la política libremente cuando el gobierno les negó el voto, y ahora que pueden votar, tienen prohibido hacer política. Como tema aparte, continúan los debates en torno a la viabilidad y seguridad de la mecánica del voto postal, con preocupaciones por el posible tamaño reducido de electorado migrante (7).

Los candidatos políticos mexicanos han disputado el terreno del mundo migrante activamente desde la elección de 1998, cuando la campaña presidencial de Cárdenas despertó mucho entusiasmo cívico, sobre todo en California y Chicago (Dresser, 1993; Martínez Saldaña, 1993). En los años siguientes, tanto el Estado mexicano como otros partidos respondieron. Después, muchísimos gobernadores y presidentes municipales han hecho su peregrinaje para saludar a sus paisanos. Sin embargo, aquí se presenta otra paradoja, en la forma de una disyuntiva entre el mundo social y cívico por un lado, y los partidos políticos mexicanos. Hasta muy recientemente, los partidos tenían muy poca presencia en las comunidades migrantes. Si bien los tres partidos principales tienen presencia en regiones de California, Texas, Illinois y Nueva York, para muchos observadores, todavía tienen bases muy limitadas. Por ejemplo, en los años 90, en la división de trabajo interno dentro del PRD, la tarea de enlace con los migrantes fue asignado al área de “relaciones internacionales”. Si los migrantes hubieran sido considerados como plenos ciudadanos mexicanos, las relaciones de enlace con ellos hubieran sido asignadas al área de “organización”. El concepto de “relaciones internacionales” consideraba a los connacionales, implícitamente, como extranjeros. Años después, ahora los migrantes tienen su propia secretaría dentro del PRD, con muchos afiliados que también participan en los clubes oriundos. Pero los del PAN y PRI también tienen sus estructuras en el exterior –el PAN tiene su Dirección de Organización en el Extranjero y el PRI tiene su Vanguardia Migrante. Así que no queda claro quien lleva la ventaja en cuanto a presencia en las comunidades migrantes.

El contraste es notable con la experiencia política de los partidos revolucionarios centroamericanos en los EE UU en los años 70 y 80. Ellos priorizaron el trabajo de organización dentro de los EE UU, enviando números importantes de cuadros de alto nivel, con un doble propósito: por un lado, para organizar bases dentro de las comunidades de sus connacionales, y por otro lado, para hacer alianzas estratégicas con simpatizantes en la sociedad civil norteamericana. Para los mediados de los 80, estas alianzas se extendieron más allá de la izquierda norteamericana, para tener incidencia muy amplia en iglesias, sindicatos, los medios, alcaldías y hasta entre diputados federales (Gosse, 1988, 1995). Los salvadoreños llegaron más lejos, forjando no sólo núcleos

importantes de las organizaciones del FMLN, sino también establecieron sus propias ONG, muchas de las cuales siguen jugando papeles significativos en luchas tanto locales como nacionales para derechos migratorios. En el camino, los militantes salvadoreños en los EE UU aportaron elementos importantes de ideas radicales en comunidades latinas más amplias.

Si comparamos esta experiencia con la mexicana, hay una diferencia importante en el sentido de que muchos militantes centroamericanos llegaron a los EE UU como exiliados y refugiados. Pero también hubo una diferencia de estrategia política de largo plazo. Es notable que mientras las vanguardias centroamericanas consideraron “el frente norteamericano” como prioritario desde muy temprano, la izquierda mexicana organizada no hizo tal inversión estratégica, salvo en numerosos casos muy notables de los *individuos* politizados que migraron, y se dedicaron a luchar desde nuevas trincheras al otro lado de la frontera. Por ejemplo, ahí están los antecedentes del FIOB, mencionado arriba. En el caso centroamericano, sobre todo la experiencia salvadoreña, su sociedad civil migrante en los EE UU se construyó en base de una sociedad política, una extensión extraterritorial de fuerzas políticas nacionales. En la experiencia mexicana la relación entre lo político y lo social-cívico se dio al revés. Los partidos políticos, con mucho retraso, comienzan a tratar con una sociedad civil migrante que se forjó básicamente sin partidos (aunque si con la presencia del Estado mexicano).

6) Sexto dilema: ¿Hay una relación entre el activismo “transfronterizo” y “binacional”? Hace poco la Coalición por los Derechos Políticos de los Mexicanos en el Extranjero, la corriente que condujo el proceso de incidencia a favor del voto de los migrantes, celebró el triunfo del voto de los migrantes en el Palacio Nacional. Ante ese público, uno de los pioneros en la lucha por el voto y migrante residente en Chicago, Raul Ross, comentó que:

se ha devuelto a millones de mexicanos la parte que les faltaba para dejar de ser ciudadanos de segunda clase...La lucha por el voto fue una causa que, como ninguna otra antes, unió horizontalmente a los mexicanos en el extranjero más allá

de nuestras diferencias económicas, sociales, gremiales u organizativas (Ross Pineda, 2005: s.p.). (8)

Aquí tenemos un discurso sumamente cívico, que privilegia la extensión de los derechos, lo que Ross llama “la plena universalización de la democracia electoral”. Su comentario a continuación es muy relevante en términos de su análisis explícita de la relación entre la lucha por el voto y otras causas:

Ella deja una valiosa experiencia que serviría como precedente para otras batallas. Resuelto nuestro voto, se libera una gran energía social que ahora podremos aplicar a resolver otros problemas, como sería una reforma migratoria en Estados Unidos que solucione la condición de los indocumentados y detenga el genocidio que está ocurriendo en la frontera sur de los Estados Unidos (Ross Pineda, 2005: s.p.).

El supuesto aquí es que una vez en marcha el sujeto social, podría luchar en diferentes frentes. Inclusive, una vez ganada la experiencia de unidad y la dignidad reconocida por el derecho al voto, los migrantes podrían movilizarse para reivindicar sus derechos ante otro estado-nación. Su visión de “la nueva nación sin fronteras que es México” no es solamente transfronteriza, sino también binacional. Si “tranfronterizo” se refiere a un pueblo dividido por una frontera, “binacional” se refiere al proceso de participar en dos sociedades al mismo tiempo. El planteamiento de un eventual “cambio de terreno” –o más bien, ampliación de terreno- quedará como hipótesis que solo el futuro pondrá a prueba.

Conclusiones

Para terminar, la idea principal aquí es que la sociedad civil migrante existe, con sus diversas vertientes y expresiones. Por supuesto los participantes activos son una minoría, tal vez una minoría pequeña de la población migrante, pero uno podría decir lo mismo sobre la participación activa en cualquier sociedad civil, salvo en momentos históricos excepcionales. Lo interesante, y lo poco conocido, es que la acción colectiva se da, y que

a pesar de tantos obstáculos, migrantes organizados están ocupando espacios públicos allá. Algunos migrantes se incorporan en las organizaciones de la clase obrera migrante multinacional y multiétnica de los EE UU. Otros se incorporan en organizaciones comunitarias y religiosas. En la expresión más conocida aquí en México, se forjan asociaciones que se constituyen en la extensión transfronteriza de la sociedad civil mexicana.

Sin embargo, faltan puntos de encuentro entre estas diversas expresiones de acción colectiva entre migrantes. También faltan puntos de encuentro con posibles contrapartes sociales, civiles y políticas en México. Quedan pendientes los procesos de conocimiento mutuo y la identificación de agendas comunes. Faltan todavía los debates necesarios para llegar a acuerdos en torno a posibles objetivos compartidos entre los actores sociales del mundo migrante y de los mundos sociales, civiles y políticos en México. Si el todo es más que la (mera) suma de sus partes, aún no queda claro cómo estas partes se van a juntar. Pero la migración esta para quedarse, así que el reto da para largo.

Notas:

(1) Esta monografía se basa en la ponencia presentada en el **Coloquio Internacional: Imperio y Resistencias**. Ciudad de México. Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco. 4-7 de octubre de 2005. Dicha ponencia es una versión revisada de “Repensar lo rural ante la globalización: La sociedad civil migrante”, conferencia magistral, Asociación Mexicana de Estudios Rurales, Quinto Congreso, Oaxaca, mayo, 2005.

(2) David Brooks manejaba esta frase dentro de un proceso plural de encuentros binacionales y trinacionales entre organizaciones sociales que se llamaba México-US Diálogos (1988-1998). Véase Brooks y Fox (1998) y Fox (2001).

(3) Para un análisis comparativo de regiones indígenas en términos de sus diversos grados de densidad de organización autónoma y su espacio de maniobra frente al Estado, véase Fox (1996b).

(4) Entre la amplia literatura sobre los clubes de oriundos, véase, por ejemplo, Escala

Rabadán y Zabin (2002), Espinosa (1999), Goldring (2002), Lanly y Valenzuela (2004), Moctezuma (2005), Orozco y LaPointe (2004), Orozco, González y Díaz de Cossío (2003) y Rivera Salgado y Escala Rabadán (2004). Sobre las estrategias del estado mexicano frente a los migrantes, véase los estudios de González Gutiérrez (1993, 1997, 1999).

(5) Sobre sindicatos estadounidenses y migrantes mexicanos, véase, entre otros, a Delgado (1994), Fitzgerald (2004) y Milkman (2000). La mayor parte de la literatura, tanto política como académica, sobre obreros y obreras migrantes en los EE UU enfatiza el concepto colectivo “latino,” lo cual refleja la realidad político-cultural de los movimientos sociales pero complica el análisis de las dimensiones binacionales del proceso de acción colectiva.

(6) Para un análisis detallado de la Caravana, véase Jamison (2005) y el boletín sindical de la izquierda basista, *Labor Notes* (<<http://www.labornotes.org>>).

(7) Para un pronóstico empírico, véase Marcelli y Cornelius (2005).

(8) El texto completo está en Ross Pineda (2005). Además, Rodríguez Ocegüera ofrece una radiografía muy comprensiva de la diversidad de los participantes políticas, sociales y civiles en la campaña reciente por el voto migrante (2005).

Referencias Bibliográficas:

Alianza Cívica (1994) La calidad de la jornada electoral del 21 de agosto de 1994, *Perfil de la Jornada*, 20 de septiembre.

Bada, Xóchitl (2004) Reconstrucción de identidades regionales a través de proyectos de remesas colectivos: la participación ciudadana extraterritorial de comunidades migrantes michoacanas en el área metropolitana de Chicago. En Guillaume Lanly y M. Basilia Valenzuela (comps.) *Organizaciones de Mexicanos en Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad civil migrante*. México: Universidad de Guadalajara, pp. 175-224.

Badillo Morena, Gonzalo (2004) *La puerta que llama: el voto de los mexicanos en el*

extranjero. México: Senado de la República.

Bartra, Armando (2003) *Cosechas de ira: Economía política de la contrarreforma agraria*. México: Ed. Ithaca e Instituto Maya.

Berg, Leia (2005) *Imaginando un mejor futuro para los pueblos del Sector Zoogocho y sus ciudadanos: La voz y la participación de la juventud*. Santa Cruz: Universidad de California, Dpto. de Estudios Latinoamericanos y Latinos.

Brooks, David y Jonathan Fox; compiladores (2002) *Cross-Border Dialogues: US-Mexico Social Movement Networking*. La Jolla: University of California, San Diego, Center for US-Mexican Studies.

Cano, Arturo (2005) Los indios sin fronteras: El camino del FIOB y su apuesta por el desarrollo. *Masiosare*, 380 p.

Chaianov, Aleksandr V. (1974) *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Coutin, Susan B (2000) *Legalizing Moves: Salvadoran Immigrants' Struggle for U.S. Residency*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Delgado, Hector (1994) *New Immigrants, Old Unions: Organizing Undocumented Workers in Los Angeles*. Philadelphia: Temple University.

Dresser, Denise (1993) Exporting Conflict: Transboundary Consequences of Mexican Politics. En Abraham Lowenthal y Katrina Burgess (comps.) *The California-Mexico Connection*. Stanford: Stanford University Press, pp. 82-112.

Escala Rabadán, Luis y Carol Zabin (2002) Mexican Hometown Associations and Mexican Immigrant Political Empowerment in Los Angeles. *Frontera Norte* 27..

Escarcega, Sylvia y Stefano Varese; compiladores (2004) *La Ruta Mixteca*. Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México.

Espinosa, Víctor (1999) *The Illinois Federation of Michoacan Clubs: The Chicago-Michoacán Project Report*. Chicago: Heartland Alliance for Human Needs & Human Rights.

Fine, Janice (2005) Community Unions and the Revival of the American Labor Movement. *Politics and Society* 33 (1): 153-199.

Fine, Janice (en prensa) *Worker Centers: Organizing Communities at the Edge of the Dream*. Ithaca: Cornell University Press.

Fitzgerald, David (2004) Beyond Transnationalism: Mexican Hometown Politics and an American Labour Union. *Ethnic and Racial Studies* 27 (2): 228-247.

Fox, Jonathan (1996a) La política en la nueva economía campesina mexicana. En Maria Lorena Cook, Kevin J. Middlebrook y Juan Molinar (comps.), *Las dimensiones políticas de la reestructuración económica*. México, D.F.: Cal y Arena, pp. 295-332.

Fox, Jonathan (1996b) How Does Civil Society Thicken? The Political Construction of Social Capital in Rural México. *World Development* 24 (6): 1089-1103. <<http://repositories.cdlib.org/escholarship/>>.

Fox, Jonathan (1999) Opciones electorales nacionales en el México rural. En Laura Randall (comp.), *Reformando la Reforma Agraria Mexicana*. México: UAM y El Atajo.

Fox, Jonathan (2004) "Indigenous Mexican Migrant Civil Society in the US". Ponencia presentada en la Latin American Studies Association, Las Vegas, Nevada, Oct. 6-9, 2004.

Fox, Jonathan y Gaspar Rivera-Salgado; compiladores (2004) *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Editorial Miguel Angel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas.

Goldring, Luin (2002) The Mexican State and Transmigrant Organizations: Negotiating the boundaries of Membership and Participation. *Latin American Research Review* 37 (3): 55-99.

González Amador, Roberto (2005) En lo que va del sexenio emigraron a Estados Unidos 400 mil personas al año, *La Jornada*, 15 de abril, 2005.

González Gutiérrez, Carlos (1993) The Mexican Diaspora in California: The Limits and Possibilities of the Mexican Government. En Abraham Lowenthal y Katrina Burgess, (comps.), *The California-Mexico Connection*. Stanford: Stanford University Press, pp. 221-238.

González Gutiérrez, Carlos (1997) Decentralized Diplomacy: the Role of Consular Offices in Mexico's Relations with its Diaspora. En Rodolfo O. De la Garza y Jesús Velasco (comps.), *Bridging the Border: Transforming US-Mexican Relations*. Lanham: Rowman and Littlefield, pp. 49-68.

Gordon, Jennifer (2005) *Suburban Sweatshops: The Fight for Immigrant Rights*. Cambridge: Harvard University.

Gosse, Van (1988) 'The North American Front': Central American Solidarity in the Reagan Era. En Mike Davis y Michael Sprinker (comps.), *Reshaping the US Left: Popular Struggles of the 1980s*. London: Verso.

Gosse, Van (1995) Active Engagement: The Legacy of Central America Solidarity. *NACLA Report on the Americas* 28 (5): 22-30.

Hirschman, Albert O. (1970) *Exit, Voice and Royalty*. Cambridge: Harvard University Press.

Huntington, Samuel (2004) *Who Are We? The Challenges to America's Nacional Identity*. New Cork: Simon & Schuster.

Jamison, Angela (2005) *Embedded on the Left: Aggressive Media Strategies and Their Organizacional Impact on the Immigrant Worker Freedom Ride. Theory and Research in Comparative Social Analysis* (24) (University of California, Department of Sociology). Disponible en: <<http://repositories.cdlib.org/escholarship/>>

Lanly, Guillaume y M. Basilia Valenzuela; compiladores (2004) *Clubes de migrantes oriundos mexicanos en los Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad civil migrante*. México: Universidad de Guadalajara.

MacDonald, J.S. (1963) Agricultural Organization, Migration and Labour Militancy in Rural Italy. *The Economic History Review*, New Series, 16 (1): 61-75.

Marcelli, Enrique y Wayne Cornelius (2005) Immigrant Voting in Home-Country Elections: Potential Consequences of Extending the Franchise to Expatriate Mexicans Residing in the United Status. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 21 (2): 431-461.

Martínez Saldaña, Jesús y Raúl Ross Pineda (2002) Suffrage for Mexicans Residing Abroad. En David Brooks y Jonathan Fox (comps.), *Cross-Border Dialogues: US-Mexico Social Movement Networking*. La Jolla: University of California, San Diego, Center for US-Mexican Studies, pp. 275-292.

Martínez Saldaña, Jesús (1993) *At the Periphery of Democracy: The Binational Politics of Mexican Immigrants in Silicon Valley*. Tesis Doctoral. University of California, Berkeley, Ethnic Studies Department.

Martínez Saldaña, Jesús (2004) Construyendo el porvenir: reflexiones sobre el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional y la participación cívica de los inmigrantes mexicanos en Fresno, California. En Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (comps.), *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Miguel Angel Porrúa y UAZ, pp. 137-168.

Milkman, Ruth; compilador (2000) *Organizing Immigrants: The Challenge for Unions in Contemporary California*. Ithaca: Cornell.

Moctezuma Longoria, Miguel (2005) “Transnacionalismo, Agentes y Sujetos Migrantes. Estructura y niveles de las asociaciones de mexicanos en Estados Unidos”. Ponencia presentada en el Seminario “Problemas y Desafíos de la Migración y Desarrollo en América”. Red Internacional de Migración y Desarrollo. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y CERLAC, Cuernavaca, 7-9 de abril 2005.

Mutersbaugh, Ted (2004) Serve and Certify: Paradoxes of Service Work in Organic Coffee Certification. *Environment and Planning D: Society & Space* (22): 533-552.

Nagengast, Carole y Michael Kearney (1990) Mixtec Ethnicity: Social Identity, Political Consciousness and Political Activism. *Latin American Research Review* 25(2): 61-91.

Omi, Michael y Howard Winant (1994) *Racial Formation in the United States. From the 1960s to the 1990s*. New York: Routledge.

Orozco, Graciela, Esther González y Roger Díaz de Cossío (2003) *Las Organizaciones Mexicano-Americanas, Hispanas y Mexicanas en Estados Unidos*. México: Centro de Estudios Migratorios y Fundación Solidaridad Mexicano-Americana.

Orozco, Manuel with Michelle LaPointe (2004) Mexican Hometown Associations and Development Opportunities. *Journal of International Affaire* 57(2): 31-51.

Passell, Jeffrey (2005) *Estimates of the Size and Characteristics of the Undocumented Population*. Washington, D.C.: Pew Hispanic Center. Disponible en: <http://pewhispanic.org/reports>.

Pitti, Stephen (2003) *The Devil in Silicon Valley*. Princeton: Princeton University Press.

Rivera-Salgado, Gaspar y Luis Escala Rabadán (2004) Identidad colectiva y estrategias organizativas entre migrantes mexicanos indígenas y mestizos. En Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (comps.) *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Editorial Miguel Angel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 167-202.

Rivera Sánchez, Liliana (2004) Inmigrantes mexicanos en Nueva York: Construyendo espacios de organización y pertenencia comunitaria. En Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (comps.) *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Editorial Miguel Angel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 451-482.

Robles, Sergio (2004) Migración y retorno en la Sierra Juarez. En Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (comps.) *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Editorial Miguel Angel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 503-518.

Rodríguez, América (1999) *Making Latino News: Race, Language, Class*. Thousand Oaks: Sage.

Rodríguez Ocegüera, Primitivo (2005) Como se ganó el voto de los mexicanos en el extranjero. *MX Sin Fronteras* (20).

Ross Pineda, Raúl (2001) *Derechos Políticos de los Mexicanos en el Extranjero*. México: s. n.

Ross Pineda, Raúl (2005) La lucha por el voto unió a los mexicanos. *MX Sin Fronteras*

(21).

Santa Ana, Otto (2002) *Brown Tide Rising: Metaphors of Contemporary American Public Discourse*. Austin: University of Texas Press.

Stephen, Lynn (2004) Campesinos mixtecos en Oregon: Trabajo y etnicidad en sindicatos agrícolas y asociaciones de pueblos. En Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (comps.) *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*. México: Editorial Miguel Ángel Porrúa y Universidad Autónoma de Zacatecas, pp. 203-230.

Suro, Roberto (2005) *Attitudes Towards Immigrants and Immigration Policy: Surveys AmONG Latinos in the US and Mexico*. Pew Hispanic Center Report. Disponible en: <http://www.pewhispanic.org>.